

Luis-Alberto Sánchez

## Sobre la fecundidad y sus posibilidades

(EN EL CENTENARIO DE MENENDEZ Y PELAYO)



EN 1956 se conmemora el primer centenario del nacimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Una efemérides que nos toca de cerca por el asunto y su expresión. Fué don Marcelino espejo de erudición bien digerida —bien *digesta*, diría un amanerado, y buen *digesto* resultó su señor. No obstante poseer un rumbo y una fe, solía admitir excelencias en las otras, aunque subrayara las discrepancias. Poco antes de morir declaró: “Soy católico a machamartillo”. La verdad es que, pese a tal, tuvo concavidades comprensivas para los que no lo eran. En medio de la galería de *Los heterodoxos españoles* (Historia de...), surge un vientecillo frondesco y liberalista, en pugna con la orientación primigenia del autor. Don Marcelino era hombre de mucho saber. “Se le dará gozo en serlo”.

Creo que España no ha dado monstruo semejante desde los tiempos del Fénix de los Ingenios. De Lope dicen que escribió mil ochocientas comedias, muchas de ellas excelentes. Don Marcelino, como don José Toribio Medina, de Chile, publicó algo así como doscientos volúmenes, suyos o ajenos, pero, en todo caso, revisados los últimos por él. Ahora que calibramos sus aportes nos hallamos

con que la mayoría de lo suyo fué excelente. Aunque don Miguel Artigas no hubiese escrito el elogio de Menéndez y Pelayo, y reveládonos en él la precocidad pasmosa de su personaje, a la luz de lo que estamos viendo, las cosas habrían recuperado ya su nivel natural. Don Marcelino pensó hondo, largo y bien: ¿qué de extraño verlo diciendo claro, bien y elegante? Sí, es verdad: algo ampuloso. En días de parquedad, como los nuestros, ello puede ser un defecto. Los escritores viven su tiempo o se anticipan: allí su secreto de perdurabilidad. Con todo lo que de clásico hubo en él, don Marcelino se adelantaba a menudo, tanto es así que aún podemos enarbolar sus juicios, casi incorregidos, por seguros y certeros.

Hace pocas semanas estábamos en París, en el Museo Rodin: recordamos a don Marcelino. No por lo escultórico, que la prosa del maestro español fué caudalosa y empenachada, propia de sermón, no de discurso; sino por lo abundante y trabajada —y trabajadora. Rodin se pasó la vida, provisto de una salud formidable, cincelandos mármoles y bronce. La cuantía de su obra guarda relación exacta con su calidad. Así ocurrió también en Menéndez y Pelayo. Hombre de averiguar y retener y propagar, como otros lo son de crear y encender. Una anécdota trivial dice mucho al respecto: a don Ramón de Campoamor, que era también contertulio de la librería de Fe, le dijeron si leía mucho. “No, contestó el hombre de las *Doloras*: cuando yo no sé una cosa, se la pregunto a Menéndez y Pelayo, y si él no la sabe, pues no la sabe nadie”. Los oráculos empiezan así.

La fecundidad de Menéndez y Pelayo no perjudicó a su obra. Tampoco la actual de Alfonso Reyes, ni la antañera de Honorato de Balzac, ni la de Benito Pérez Galdós, ni la de Pío Baroja, ni la de Anatole France, ni la de Alejandro Dumas, ni la de Jules Romains, ni la de, ayer, Quevedo, o Goethe, o Tolstoy, y, en lo plástico, Miguel Ángel, Rafael Sanzio, Botticelli, Tintoretto, Rubens, Goya, Velázquez, y ¿por qué no Donatello y ahora Rodin?

Cuando uno se encara a las obras de estos atletas, se da cuenta de que el prurito de estitiquez mental nada tiene que ver con la grandeza, sino con un modo de producir, distinto, nada ligado a la

perfección, aunque, acaso, sí, a la perfectibilidad. Del propio Proust, que escribió en apenas quince años su feroz mensaje a la posteridad, no se podría decir que fué lento o parco, sino, al contrario. Comparativamente, dado el lapso de tiempo que cubre con su tarea escrita, fué el más prolífico de todos, y, sin embargo, exquisito.

La crítica callejera (pues esa es la que juzga de apariencias y se multiplica en ecos), la crítica callejera dió en propalar que la obra magistral debe ser lenta: confundieron el procedimiento con el contenido. Un hombre lento produce lentamente, pero, no por eso, mejor; un hombre vehemente, produce con vehemencia, pero no por eso peor. Quien tiene muchas ideas alineadas por las cintas de la partida, y el que sólo tiene unas cuantas que esperan siempre un llamado *ad hoc*, se manifestarán de distinto modo: con solemnidad o al menos despaciosamente el segundo, mientras que el primero apenas abra la espita verá brotar un chorro inextinguible y avasallador. El *quid* del escritor no está en hacer las cosas así o asá, sino en tener cosas qué decir o no. Si tiene qué decir, le faltará tiempo para encontrar palabras adecuadas; si le detiene el modo, le faltará tiempo para hallar los pensamientos.

La lección de Rodin, repito, me trajo a las mientes la figura de Menéndez y Pelayo, a quien Artigas ha pintado desafiando a la juventud con tal de ser preciso. Monje laico, en verdad, capaz de transportar un mundo de erudición sobre sus lomos gigantes. Y no erudición de esas que el desprovisto de ella, desprecia, sino de la auténtica, que es una faz de la cultura. En Menéndez y Pelayo el dato es un signo, no un fin. Su modo de hacer tiene una seducción incomparable. Camina primero a tientas (sin gemir, oh frase pascaliana), y, luego, al reunir sus materiales acelera el paso, proyecta conclusiones, plantea objeciones, las contrapone, y de ese continuo frotar de pederual y yesca, fe y escepticismo, brota una llamarada tremenda, que hasta ahora alumbra muchos bosques de callado saber y manifiesta ignorancia, especialmente en lo tocante a literatura.

A mí me parece que lo característico de Menéndez y Pelayo, como de todo gran escritor, es el denuedo.

Denuedo para encarar un tema vasto, sin concesiones al desaliento. Denuedo para meterse en la ignota selva de los materiales imprevistos. Denuedo para proyectar su balance.

Entre denuedo y audacia media la misma distancia que entre improvisación e ímpetu.

Menéndez y Pelayo, puesto ya a construir, usaba la misma técnica de Miguel Angel. O la de Balzac. Mientras el uno llamaba y despedía modelos y modelos, ensayaba fórmulas de nuevos colores, hacía y deshacía murallas, blasfemaba, se peleaba con el Papa, se desvelaba pintando; mientras el otro recorría el mundo de su tiempo, sin desperdiciar tipo o escena, como un colector de coleópteros, atenta la red y vivo el ojo; y ejercitaba la paciencia; así, Menéndez y Pelayo se hundía entre los libros, no para salir ufano de sus logros cuantitativos, sino para extraer el dato preciso, el pormenor exacto, el detalle revelador, la información necesaria. Entonces comenzaba, en verdad, su tarea personal: la relación de pesquisas y la formulación de hipótesis.

Es curioso: pero, por mucha que sea la suave y delicada belleza del madrigal de Cetina (nuestro cuasi mexicano, recordémoslo), y haya obras diminutas y destellantes como la de Alarcón, ayer, o la de Rimbaud, ahora, es lo cierto que los grandes mensajes son transmitidos a través de los escritores de mayor envergadura, de los monstruos que, como Víctor Hugo, se pueden jactar, a los ochenta años, no sólo de escribir con fuego de jóvenes, sino también de yacer con hembra grata dando envidia a los adolescentes. ¿No se recuerda acaso la jactancia, un tanto pueril, del gran maestro de *Los miserables*, cuando, al salir de una reunión literaria, ya abuelo, confiaba a un amigo su capacidad de ciertas repeticiones?

Los españoles han sido, a menudo, prolíficos, y ese es un rasgo racial de don Marcelino, aunque él fuese, en la otra vida, si no casto, estéril. Desde Quevedo hasta García Lorca (muerto alrededor de los cuarenta y con tanta obra hecha), pasando por Cervantes, Lope, Calderón, Gracián, Feijóo, Valera, Galdós, Azorín, Baroja, Ortega y Gasset, Unamuno, el genio de la lengua fué multiplicador. Como lo

serían (pensemos en la brevedad de las respectivas vidas), Darío, Gómez Carrillo, Nervo, Lugones, y ese resistidor de tiempos y de infortunios que se llamó Vargas Vila. Y si volvemos los ojos a nuestra Colonia, pensemos en nuestros Peralta, Sigüenza, Lizardi, Garcilaso Inca, nada estéticos, lanzadores de emociones y conocimientos, de pasión y fantasía, a voleo, como quien siembra. Y sembrando.

El problema aquí, como en todo, no está en la cuantía ni en el modo, sino en la calidad y en el qué. Menéndez y Pelayo vino a llenar un vacío que me atrevería a llamar generacional. Los españoles no se habían ocupado de muchas cosas importantes hasta que él no les abrió ojos y camino.

Veamos a algunas de ellas.

La poesía de la Edad Media había sido rozada apenas. Los orígenes de la novela castellana pedían un iluminador. La poesía castellana reproducida en América, antes del Modernismo, no tenía compilador ni evaluador exacto. El pensamiento heterodoxo permanecía en las sombras, presa del frenesí afirmativo de los liberales y masones, y del frenesí negativo de los conservadores y clericales. No se había hecho un recuento fecundo de las ideas estéticas y su influencia en el desarrollo de España. Tampoco se había emprendido el análisis minucioso del teatro de Lope, tenido por vulgar, según las posiciones adoptadas por los críticos del siglo XIX. Ni se valoraba a Calderón, sino a través de la incitación alemana de los Schlegel. Ni había fe en una ciencia española, es decir, en una ciencia que tuviera raíces y proyecciones nacionales. Menéndez y Pelayo, dotado de un maravilloso organismo investigador y ordenador, se lanza por entre la terrible floresta, dispuesto a vencer toda obstáculo, a dar aire a sus sospechas, trocadas luego en certidumbres confortadoras.

¿Nacionalismo? Tal vez. Los nacionalismos no son buenos ni malos, si no que responden a determinadas instancias, aunque nunca deben cerrar el paso al cosmopolitismo creador. Don Marcelino vinculó España a la América de habla castellana; trató de establecer nexos entre el pensamiento ortodoxo y el heterodoxo o herético en una y otra parte; buscó apasionadamente las raíces góticas, arábicas, judaicas

y latinas del arte y la estética españoles; quiso, en suma, resucitar en su patria el sentimiento de una especie de vaga autarquía cultural, muy necesaria entonces que se derrumbaba, más que el aspecto físico, el soporte espiritual del ya fenecido imperio. Menéndez y Pelayo concibió una cruzada gigantesca. Para realizarla no contaba sino consigo mismo, en un país individualista, incapaz del trabajo en equipo. El fué su propio equipo. Desde luego, tareas semejantes agotan. Murió antes de los sesenta, deshecho de fatiga, pero con la mente lúcida y el ánimo aún implorante de nuevas empresas. Como buen investigador, sabía rectificarse. ¿No es acaso conmovedor el modo en que confiesa haberse equivocado en su *Antología* de 1894, al reeditar sus prólogos en 1912, al borde de la muerte?

Ha escrito Guillermo de Torre uno de sus más bellos ensayos en torno de la figura y la obra del insigne santanderino. Realmente, él encarnó una España fecunda, laboriosa, independiente, pese a su catolicismo "a machamartillo". Una España sin garrulería, sin "hispanismo" regimentado, con claridad mental y generosidad de miras. Una España hermana, no madre, como cuadraba a aquel momento de ocaso material, en cuyo dintel ladró a la luna, desgarradoramente el grande y aterido Joaquín Costa.

A los cien años del alumbramiento de Marcelino Menéndez y Pelayo, una posteridad más solícita de lo ritual, recoge su lección y su nombre. Y sin vanos alardes de pudicia ante la magnitud de la tarea, recoge de ella y reconoce en ella la más cimera cosecha de saber y equilibrio que haya dado España en los últimos dos siglos, y a un maestro tanto más eficaz y verdadero por cuanto no se curó de parecerlo.

Entre los grandes laboriosos, los grandes obreros de la cultura universal, de Miguel Angel y Leonardo a Balzac, Galdós y Rodin, es indudable que don Marcelino tiene indisputable lugar y rango.

París, octubre, 1955.